

la estepa florecida

Yanina Audisio



poesía

Cielo blanco

Hilachitas de luz el cielo
partido por un rosa celeste de mundo recién creado
o a punto de acabarse
tres arbolitos sostienen sus hojas
no por mucho tiempo y para siempre
así de arbitraria es la ley dentro del cuadro
una pareja se besó y se fue
el pintor no los pintó
sin embargo la asfixia
de tener un jardín
con tantas hojas
que solo tres árboles no podrían perder
el más grande tiene un tutor inútil
más verde que el follaje de su verano
una pareja se besará por última vez
no recordará el cielo ni la luz
no sabrá del principio o el fin del día
el pintor recorta
así de cruel es la arquitectura dentro del arte
el triángulo de otras hojas ya caídas
pierde su vértice tras la huella de dios
tres arbolitos
obscenos bajo el cielo blanco.

Primer charco

Una torcedura de los labios a punto de afear tu asombro.

Si algo quedó en mí es ese gesto tuyo.

Como el primer charco donde caíste:

eras pequeño, apenas conocías

una palabra para llorarla.

El cielo en el agua marrón y el cuerpo

en el marrón del agua por todo accidente.

Un segundo largo sobre la tierra.

Un mamífero excéntrico que no sabe

qué hacer con su esqueleto.

De ahí hasta el fondo, dispersión de cenizas.

La boca abierta apenas, una ternura repugnada.

Como si estuvieras besando al niño

que fuiste, caído sobre la frente en el charco.

Como si su sudor diminuto te diera

asco. Yo, la única que pudo verlo.

Quién sabe si lo repetirás.

Quién sabe si es lo que más recordaré.

Lo peor de despedirse para siempre es

la fotografía reducida, un par de gestos parciales.

Allí donde el otro no termina de hacerse extraño,

donde el niño que fuiste nos hace cómplices

de su torpeza. Sigue detenido

el cielo sobre el charco.

LA MUERTE SIEMPRE ESTUVO AHÍ rondándote como un animal lujoso. Nunca encontraste el llanto exacto para tanta belleza extraviada. Tus pasos saliendo difícilmente de las cornisas donde te convidaba el animal. Y tu sueño, un sueño para todos, pulverizado como la sustancia del mundo que es delación en la luz.

Aquella misma luz nos cansaba a los dos por igual. Con las manos de ensuciarse, nos rozamos, barro creador, breve fiesta, ritual. Con tocarme condujiste el cauce de un río. Tocarte era fundar un accidente, consolar un ser de lo alto. De nuestras pieles hicimos el paño para cubrir las ventanas y burlar al animal. Creímos que te había olvidado, pero se lamía el profuso pelaje, testigo voluntario, oliendo nuestra ropa. De esas quemazones, del absoluto desierto no volví del todo. ¿Acaso hay mejor desolación para saber de las estrellas?

Tu pasión es un lugar del que no salí, un lenguaje en el que, como nunca, fui pura al modo de la música que compone la piedra contra el agua

QUIERO SER LA MUJER DE TU VENGANZA por todas las que no supieron lo que perdían. Se trata de tocarte y no volver.

Tu deseo: un tigre persa, ejemplar magnífico. El aire pasa por su garganta y todo tiembla como al crearse un planeta.

Quiero ser el territorio de su grandeza por todas las que no supieron lo que había. Se trata de rugirte y no volver.

Mi deseo: sólo la tierra puede enseñar el rugido al tigre, lo llama con las entrañas, con la voz debida a una bestia que es un dios

TREPADO SOBRE LAS PALABRAS que pongo en el aire, trabajás a la altura de mi oído: fina orfebrería, tus manos tomadas por una obsesión del ritmo, armar la guitarra que hace sonar los árboles más grandes de tu infancia con el mismo viento del día antes de la peor de tus tristezas.

Alzada en el aire que pongo en las palabras, trabajo detrás de tu oreja: vertedero insistido, mis labios entregados a la extracción del ritmo, consumir la guitarra que hace sonar las piedras con las que tropecé y sobre las que ahora te acuesto. Todo lo que nos damos con el cuerpo será poesía, toda conquista será sobre la boca

El dolor

I

La palabra justa se estanca entre los nervios
bajo la tenaza que aprisiona la nuca
mía como de nadie
como el erizo ciego de mi corazón
olisqueando la tierra por perseguir
aquella gota de agua que lo salvaría.

II

Mi reino por una parcela de carne que no duela
por un pecho livianísimo
un cuerpo como una alfombra
un zorzal
un barrilete
árbol de mucha sombra mi reino
espadita de lenguaje te entregaría al enemigo
por una cabeza que no sepulte el apetito en su mordida.

III

No me levanto dentro de mi cuerpo
erijo una muralla que cierra su última puerta
y el viento sin poder rodearla
y las mariposas incrustadas en cada una de sus piedras
traigo aspereza por toda ofrenda ante los dedos del sol.

IV

Mío como la piel de la serpiente

vaciada de serpiente

como la serpiente hipnotizada que se revuelca contra el canasto

y lo ama confundida como a un nido

enemigo cuerpo

animal dañado

raspadura.

V

Reconciliémonos, puerco mío

odiamos juntos

gruñamos

hagamos juntos

el agua y la tierra

una charca honda a la altura del deseo

que te comiste sin hambre

en el reflejo

la única estrella que no te hería con su luz.

La herencia

I

Arrancaría la maleza invasiva en el parejo orden del sembradío
sus pisadas cubiertas por el viento del sur
está llegando de a poquito
ya tengo en las uñas la tierra que arañó el abuelo
¿Cuál fue su idea del mal entre los dedos con los yuyos?
La oscuridad caería cada vez
sus pisadas crecidas por la herradura contra las piedras
está a casi abrir alguna puerta.

II

¿Cómo chocaba contra la mañana su cuerpo?
La pálida luz de la escarcha le daría conciencia del frío
Era la mañana una neblina espesa
¿Se habrá aturdido ese día con los pájaros?
La culebrita que el abuelo no mató vuelve a mí
como si aquello que él dejó vivir me mordiera
acaso cortaría la leña que nunca alcanza en la madrugada cruda
¿Soñó conmigo sobre el campo húmedo?
Nunca supo de las noches en que lloré recién nacida
del insomnio de mi padre y sus ganas de morir.

III

¿Mi destrucción ya estaba en el cuerpo del abuelo?
devastado por la enfermedad sin nombre
¿Hacía equilibrio sobre el gatillo?

era un error de cálculo la poca morfina

La bala de entonces no alcanzó a cumplir su tarea

imposible morir como se quiere ¿o es solo un problema de familia?

IV

Un animal acuático abriría los ojos en la laguna

su hijo, mi padre, esgrimió el arma ¿sería la misma?

los demás no existieron esa tarde

olvidé el rumor líquido de los árboles

sobre la plaga lluvias de sal

una cruz de aire para pedir agua

la sierra no se parece al campo pero igual

hubo que salir de la cáscara de todas las ciudades

¿Estaría viéndonos el abuelo?

era la salvación una hija sin miedo

las armas no se quitan

mi padre, su hijo, tuvo que entregármela.

V

¿Sería un error de cálculo la falta de llanto?

¿Cuál fue su idea del mal entre los dedos por los yuyos?

¿Qué hice? ¿Qué hiciste abuelo?

Esa mañana en la neblina.

EL PERSONAJE VA al piso de arriba a fundar el cielo. Vuelve a la terraza como quien recupera un hambre. Espigado y oscilante, se asoma sobre las cornisas. El sol lo tironea.

Si habláramos de piedad, llegaríamos a confundir tibieza y ardor.

Pero sólo queremos huir al sol y crear el cuerpo. Ya no son los edificios obradores totales de la penumbra. La carne del personaje se abrevia.

Extensa, su sombra repite sobre la materia una leve condición de fantasma. Se oculta el sol sin ser poseído.

El personaje regresa del piso de arriba a esparcir lo que supo del esplendor.

Si entendiéramos el deseo, encenderíamos más de un candil.

SIEMPRE ES DE PIE. Los elementos hacen un mundo y entra el cuerpo. Animal revolcado en el olor de otro animal rígido. La vibración es contra el frío. Así conocemos al ser que éramos antes de encontrar la caverna.

El ruido hace una mueca y entra el cuerpo. Animal acostado sobre otro animal caído. Esta es la última casa donde viviremos. Aquí una uña insiste contra el vidrio.

Siempre es de pie. Fosforescencia a través de las roturas. La niebla hace un pasito y de nuevo hay que vivir. Animal sepultado bajo el cuadro de otro animal muerto. Así no importa la noche, importa la mano que la corrige.

Otra ciudad será ajena. Sobre ella también lloverá. Animal sacudido en la mirada de otro animal con fiebre. Allí conocemos el linaje que no fundaremos. El cordón enredado alrededor de toda criatura.

ATRAVESAR A NADO, querías. Sumergirte. Parecía un cuerpo de agua.

Pero no erizó su lomo navegable, no atenuó con su manto los estruendos. Apenas lo rodearías, por toda danza, como a una escultura.

Las partes de la noche se unieron donde nadie miraba.

Amasaste la tierra: a ese resplandor, ajeno dos veces, concediste un paisaje. Animal bajo un árbol, tropel y tumulto, enfermo y frondoso.

Soplar las cenizas y los huesos, querías. Mancharte. Parecía una ciudad a punto de ser sitiada.

Pero no supo arder. Lo contemplaste, apenas, como a una postal.

Las partes de la noche se tensaban arteras, efigie a niebla.

Parecías la espina cuando abandona la rama, diminuta catástrofe.

EL PENSAMIENTO SE AHUECA incesante. A su cueva entran los muertos forjando menhires sobre una arcilla caliente y obstinada.

El cuerpo fracasará de nuevo. A su seno entran los vivos por arte de roce o bullicio como si fueran a rasgar el cielo los búhos.

Ceguera a ratos iluminada por un astro con dos caras. Juguete de la noche, toda ternura es inclemente.



Yanina Audisio. Ha publicado los poemarios *La boca y su testigo* (Primer premio 7mo Concurso Adolfo Bioy Casares), *Sol por un rato* (Mención honorífica 2020 Nueva York Poetry Press) y *Hacer el lobo* (XXV Premio Latinoamericano de Poesía Ciro Mendía), entre otros. Obtuvo el Accésit Juan Ramón Jiménez - Zenobia Camprubí, del VI Premio de Poesía Viva, por la interpretación performática de poemas de su autoría. Publicó el libro de cuentos *Rancho aparte*. Tradujo *Fantasmas de lo sublime. Poesía en lengua inglesa en torno a la finitud y la trascendencia* y *Pájaros de oscuras vocales. Poesía temprana de Dylan Thomas*.

